

# LA VIDA CRISTIANA ORDINARIA COMO LUGAR TEOLÓGICO. TEOLOGÍA, FE VIVIDA Y ACCIÓN ECLESIAL A LA LUZ DE SAN JOSEMARÍA

*Ramiro Pellitero\**

Esta comunicación desea sugerir algunos caminos por los que el mensaje de San Josemaría ilumina e impulsa la tarea teológica en general, particularmente en sus dimensiones antropológica y eclesial o eclesiológica y, por tanto evangelizadora. En segundo lugar, apuntar cómo el pensamiento, la vida y la obra de San Josemaría esclarecen asimismo el itinerario de la Teología pastoral, entendida como lo está siendo actualmente, es decir, como una Teología de la acción eclesial de todos los cristianos.

## 1. LA TEOLOGÍA, CIENCIA DE LA FE VIVIDA O DE LA VIDA CRISTIANA

La llamada universal a la santidad y la santidad en la vida ordinaria son dos aspectos mutuamente implicados y centrales del mensaje de San Josemaría. Estos aspectos iluminan poderosamente la teología, que es *fides quaerens intellectum*, según la clásica definición de San Anselmo que hoy requiere de modo especial ser profundizada y esclarecida para nuestros contemporáneos<sup>1</sup>.

---

\* Universidad de Navarra.

<sup>1</sup> Cfr. J. RATZINGER, *Naturaleza y misión de la teología: ensayos sobre su situación en la discusión contemporánea*, Pamplona 2009, pp. 55-82.

Ante todo, ¿de qué *fides* hablamos? Aunque no haría falta decirlo, hoy conviene subrayar que esa fe, que busca entender, no es una fe puramente teórica y abstracta, que poco o nada tendría que ver con la vida del que hace o enseña teología, pues el mensaje del Evangelio no puede comprenderse como algo que no tiene incidencia sobre la vida; más bien al contrario, existe para dar sentido y plenitud a la vida de todas las personas. Tampoco la teología podría realizarse en un contexto de apartamiento, lejanía o al menos indiferencia respecto de Dios, como sería el caso de alguien cuya fe, en la perspectiva del apóstol Santiago, fuese una fe muerta<sup>2</sup>. La fe del que desea hacer teología ha de ser, desde el principio, aquella fe de la que nos dice San Pablo que vive por el amor<sup>3</sup>.

Por tanto, cabría decir que la fe que es principio de la teología es *la fe viva* o *la fe vivida*. Es ella la que busca entender, si se considera la teología como actividad humana. Una tarea que es posible sólo a partir de la fe teologal, si bien únicamente algunos cristianos, los teólogos, desarrollan sistemáticamente esa fe en la forma de la teología científica o académica.

Si consideramos ahora la teología no solamente como actividad humana, sino como participación del conocimiento divino, según la idea de Santo Tomás de Aquino, esa participación es el motivo por el que la teología es primeramente una ciencia especulativa antes que práctica. Especulación no quiere decir aquí desarrollo puramente abstracto al margen de la vida, sino contemplación de Dios y de toda la realidad a partir de Dios y en Dios. Para que nuestros contemporáneos comprendan esta afirmación de Santo Tomás al principio de la Suma teológica, de que la teología es ciencia primeramente especulativa, quizá hoy convendría decir que la teología es ante todo sabiduría, conocimiento y amor, a la vez, verdad que se abre a la vida y luego y siempre vida que se abre continuamente a la verdad<sup>4</sup>.

Por tanto, solamente a partir de la *fe vivida* puede construirse aquella teología que es ciencia de la fe en cuanto participación del conocimiento

---

<sup>2</sup> Cfr. St 2, 16.

<sup>3</sup> Cfr. Ga 5, 6.

<sup>4</sup> La doctrina cristiana no puede ser comprendida como una pura especulación, aunque de hecho, desde los primeros tiempos del cristianismo, ha existido la tentación de verla así (cfr. PAPA FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 24-XI-2013, nn. 39-42 y *Discurso a los miembros de la Congregación para la Doctrina de la Fe*, 31-I-2014).

de Dios mismo, que por identificarse realmente con su Amor es un conocimiento amoroso o amante a la vez que amor cognoscente. Este amor se nos ha manifestado en Cristo, Verbo encarnado –que padeció y resucitó por nosotros–, y que, juntamente con el don del Espíritu Santo, hace presente y eficaz la vida divina en aquellos cristianos que encarnan la fe en su propia existencia con todas sus implicaciones. Como síntesis de este primer apartado puede decirse que, tanto si se mira la teología en cuanto tarea humana, como si se la considera en su raíz más profunda, como participación del conocimiento divino, se llega a la misma conclusión: *la teología es fe vivida que busca entender*: es actividad del creyente coherente, si se nos permite hablar con expresión un tanto redundante, pero es preciso hacerlo así para subrayar qué es teología y qué no es. Dicho con palabras que nos sitúan de nuevo en la perspectiva de San Josemaría: solamente en el contexto de la búsqueda de la santidad, y de una santidad que es para todos –por tanto también alcanzable en y desde la vida ordinaria–, cabe hablar de teología y hacer teología.

## 2. EL ESPÍRITU DEL OPUS DEI ILUMINA LA DIMENSIÓN ANTROPOLÓGICA Y LA DIMENSIÓN ECLESIAL DE LA VIDA CRISTIANA

En este segundo apartado enfocamos el modo en que se ha extendido el mensaje de San Josemaría, es decir, mediante la realidad institucional y pastoral del Opus Dei. Para su Fundador el carácter “encarnacional” de lo cristiano se refleja asimismo en el Opus Dei. Es así porque se comprueba que el Opus Dei «en cada sitio es un fenómeno teológico y pastoral enraizado en las almas del país». Al mismo tiempo, «no está anclado en una cultura determinada, ni en una concreta época de la historia»<sup>5</sup>.

Así pues, como el espíritu cristiano mismo –siguiendo el principio y la ley de la Encarnación del Verbo–, el mensaje de San Josemaría tiene un alcance y horizonte universal, a la vez que sirve a la Iglesia y a la sociedad civil localmente. Esto sucede en cada uno de los lugares donde viven las personas de la Obra, sus amigos y todas aquellas personas que van conociendo el espíritu de San Josemaría –a través de sus escritos,

---

<sup>5</sup> *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Madrid 1968, n. 42.

medios audiovisuales, etc.– y haciéndolo vida en sí mismos, lo que les lleva a transformar el mundo en y desde el Misterio de la Iglesia, lo que es propio de la dinámica de la santidad.

Dicho brevemente, precisamente por iluminar el modo y ampliar el horizonte existencial en el que la fe se vive –santidad en la vida ordinaria y por tanto santidad para todos y con todas las dimensiones y horizontes de la existencia– el mensaje de San Josemaría ilumina tanto la dimensión antropológica de la vida cristiana como su dimensión eclesial, ambas implicadas en el plan divino de la salvación.

¿Cómo afecta esto al quehacer teológico? Esto puede ponerse en relación con las dos vertientes o cauces de la teología, a los que hemos aludido ya en un punto del apartado anterior, cuando decíamos que la teología supone la fe teologal, en la que la actividad teológica está ya en germen, si bien solamente algunos la desarrollan como tarea científica o profesional.

a) En primer lugar está, pues, el *hábito de reflexionar teológicamente* (propio de todo cristiano a partir de la fe teologal); es decir, la capacidad habitual de reflexionar sobre las implicaciones que tiene el vivir cristiano para la inteligencia de la fe.

A la luz de las enseñanzas y la vida de San Josemaría, la vida cristiana ordinaria se manifiesta como un verdadero lugar teológico ya en este nivel, si se quiere germinal o potencial, de la teología.

Tres textos pueden avalar esta afirmación. Los dos primeros atestiguan el hecho de que la vida corriente es, en efecto, marco vital y a la vez teologal del cristiano.

«Hijos míos, allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo. Es, en medio de las cosas más materiales de la tierra, donde debemos santificarnos, sirviendo a Dios y a todos los hombres»<sup>6</sup>. La vida cotidiana es sitio, “lugar” de encuentro con Dios, medio y materia de santificación.

Segundo texto: «Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebose de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en ha-

<sup>6</sup> Homilía “Amar al mundo apasionadamente” (8-X-1967), en *Conversaciones*, n. 113.

cer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria...»<sup>7</sup>. El corazón del cristiano es el *lugar* donde se juntan el cielo y la tierra, lo divino y lo humano, la fe y la vida.

El tercer texto se refiere a la esperanza cristiana, como actitud de fondo que enlaza las realidades temporales con el plan de la salvación: «La esperanza no me separa de las cosas de esta tierra, sino que me acerca a esas realidades de un modo nuevo, cristiano, que trata de descubrir en todo la relación de la naturaleza, caída, con Dios Creador y con Dios Redentor»<sup>8</sup>.

San Josemaría enseñaba e impulsaba constantemente a superar la nefasta separación entre la fe y la vida corriente, y proponía el ideal de la unidad de vida como expresión de una existencia cristiana cabalmente vivida en todos sus aspectos, sin dejar de lado la dimensión intelectual, ahí donde se unen el horizonte teologal con el teológico.

Deseaba San Josemaría que a los cristianos se les formara para ser creyentes de cabeza y corazón. La exhortación apostólica *Christifideles laici* recoge el núcleo de esta cuestión cuando afirma que la secularidad no es una característica meramente sociológica sino también teológica<sup>9</sup>.

Más allá de quienes consideraban las afirmaciones de *Lumen gentium* 31 sobre los laicos («viven en el siglo... allí están llamados por Dios a desempeñar su propio cometido») en una perspectiva reductivamente descriptiva, el desarrollo teológico posconciliar –del que no estuvo ausente la influencia de San Josemaría–, llevó a la conclusión de que la vida ordinaria es propiamente lugar de santificación; y no un lugar extrínseco a la santidad, sino también medio y materia de santidad en sí mismo. Lugar, por tanto propiamente teologal, y, por tanto, teológico<sup>10</sup>.

<sup>7</sup> *Ibid.*, en *Conversaciones*, n. 116.

<sup>8</sup> Homilía “La esperanza del cristiano” (8-VI-1968) en *Amigos de Dios*, Madrid 1977, n. 208.

<sup>9</sup> «El ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial» (Ex. ap. *Christifideles laici*, 30-XII-1988, n. 15).

<sup>10</sup> Interpretando la perspectiva conciliar concluía en 1969 Á. del Portillo: «La secu-

b) Por lo que se refiere al ámbito de la *teología como ciencia o actividad profesional*, cabe recordar que San Josemaría abrió un amplio horizonte en este sentido a los fieles laicos, hombres y mujeres<sup>11</sup>, que pudieran dedicarse a esa tarea. Es cierto que fuera del ámbito anglosajón –donde las facultades teológicas están normalmente integradas en las universidades también civiles– la dedicación teológica se asocia mayoritariamente a los clérigos. Son conocidos los factores que explican este fenómeno pero no lo determinan definitivamente. Más aún, cada vez más se ve necesaria la preparación teológica, en los diversos niveles de estudios –bachillerato, licenciatura, doctorado–, de muchos fieles laicos, especialmente con vistas a la *nueva evangelización*.

Todo ello clarifica todavía más el hecho de que la teología se relaciona estrechamente con la vida y la acción de los cristianos. No solo en cuanto que las ilumina y vivifica con la doctrina, si se quiere hablar así, sino también porque *la teología misma recibe luz de la existencia cristiana ordinaria*, vivida en los trabajos y en las familias, en medio de los quehaceres sociales y culturales.

La vida cristiana es toda ella vida de amor y verdad, pues, según la concepción bíblica, el amor es fuente de conocimiento más profundo. De hecho el conocimiento por sí mismo no transforma a las personas, como hace en cambio el amor<sup>12</sup>. La encíclica *Lumen fidei* ha subrayado que el conocimiento propio de la fe coincide precisamente con su apertura al amor<sup>13</sup>. Pues bien, esta apertura al amor puede venir, entre

---

laridad no es, pues, simplemente una nota ambiental o circunscriptiva, sino una nota positiva y propiamente teológica» (*Fieles y laicos en la Iglesia. Bases de sus respectivos estatutos jurídicos*, Pamplona 1969, p. 201).

<sup>11</sup> Vid., por ejemplo, *Conversaciones*, n. 14 (el texto se refiere concretamente al hecho de que en el Opus Dei se procura que también mujeres puedan acceder a los grados académicos en ciencias sagradas. La teología está entre los valores humanos que deben atraer a los fieles cristianos en la perspectiva de Cristo: cfr. *Surco*, 293). Acerca de la formación teológica de los laicos permítasenos remitir a lo escrito en *Laicos en la nueva evangelización. Autenticidad y compromiso*, Madrid 2013, pp. 132 ss.

<sup>12</sup> La existencia humana es «una existencia llamada a servir la verdad en el amor. El amor hace que el hombre se realice mediante la entrega sincera de sí mismo» (JUAN PABLO II, *Carta a las familias, "Gratissimam sane"*, 2-II-1994, n. 11; cfr. *Gaudium et spes*, nn. 24 y 26).

<sup>13</sup> Cfr. Enc. *Lumen fidei* (29-VI-2013), particularmente los nn. 26-28. Vid. también PAPA FRANCISCO, *Mensaje a las Academias Pontificias*, 28-I-2014. Sobre la relación entre verdad y caridad o amor –tema tan desarrollado como fecundo en el magisterio de Benedicto XVI–

otros cauces, por una recepción más profunda de la vida ordinaria en la tarea teológica, como lugar de su desarrollo, como medio y materia de un pensamiento que sirve a la vida cristiana porque sirve ante todo a la oración y a la contemplación, que son el “alma” de esa vida.

Como síntesis de este apartado segundo, cabe insistir en *la trascendencia teologal y teológica de la vida cristiana ordinaria*. Como hemos sugerido, la relación entre el hábito teologal, propio de todo cristiano, y la teología como ciencia y tarea académica puede profundizarse a partir de una concepción sapiencial de la teología<sup>14</sup>, que, encuentra luces en el mensaje, predicación y vida de San Josemaría.

El Fundador del Opus Dei, al impulsar que «cada uno ha de esforzarse, en la medida de sus posibilidades, en el estudio serio, científico, de la fe; y todo esto es la teología»<sup>15</sup>, ha contribuido a superar la funesta escisión –originada al final de la época medieval– entre una teología puramente académica y una teología que surge del hábito teologal<sup>16</sup>. De esta manera ha impulsado la formación del cristiano que hace oración y que convierte toda su vida en oración.

La necesidad de una “teología viva”<sup>17</sup>, que puede venir de ambas fuentes –la vida cristiana y la vida académica de los cristianos– y sirve a

---

cfr. la excelente síntesis que realiza en su *Mensaje para la Cuaresma* de 2013 (15-X-2012).

<sup>14</sup> Cfr. J.L. ILLANES, *Sobre el saber teológico*, Madrid 1978. La consideración de la teología como sabiduría puede ayudar a relacionar la vida de los creyentes y la reflexión teológica, así como ampliar la comprensión de la verdad divina, de modo que se facilite la misión de la Iglesia en las culturas no cristianas (cfr. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La Teología hoy: perspectivas, principios y criterios*, 29-XI-2011, n. 95).

<sup>15</sup> Homilía “La vocación cristiana” (2-XII-1951), en *Es Cristo que pasa*, Madrid 1968, n. 10.

<sup>16</sup> «El entramado conceptual de un Santo Tomás de Aquino, para no hablar de San Buenaventura o los Victorinos, solo adquiere su auténtica plenitud de sentido y su tensa energía cuando es visto como la expresión formal de una vivencia metafísica o religiosa. Después hubo un cambio. A mi entender, el pensamiento científico y su instrumento, el concepto, se separaron de la vida y de cuanto significa configuración, y recibieron con ello una orientación especial» (R. GUARDINI, *El contraste. Ensayo de una filosofía de lo viviente concreto*, Madrid 1997, p. 73). Cfr. también Y. CONGAR, *La fe y la teología*, Barcelona 1977, pp. 321-327.

<sup>17</sup> Recuérdesse la controversia de la “teología kerigmática”, suscitada en los años treinta por J.A. Jungmann y sus colegas de Innsbruck (cfr. J.A. JUNGSMANN, *Die Frohbotschaft und unsere Glaubensverkündigung*, Regensburg 1936). Esta controversia no tuvo mucha repercusión en los ámbitos de la Teología dogmática, pero sí la ha tenido en la

la misión evangelizadora de la Iglesia, especialmente de los sencillos<sup>18</sup>, se ve hoy acrecentada por la situación de “urgencia educativa” en que nos encontramos a todos los niveles<sup>19</sup>.

Como se puso de manifiesto ya antes del Concilio Vaticano II, no se trata de hacer dos teologías: una, “científica”, reservada para los académicos, que sería la teología propiamente dicha, y otra diluida o abaratada, “pastoral” en un sentido peyorativo, que sería la “útil” para la catequesis y la predicación. La buena teología es solo una. En ella ha de brillar eficazmente su dimensión evangelizadora como primera finalidad de la teología misma, que nace y vive de rodillas, afincada en la contemplación de lo divino que desea transmitir a otros: *contemplata aliis tradere*<sup>20</sup>.

Si la teología se quedara en las esferas puramente conceptuales sin “descender” a la “carne” y a la vida de los cristianos, al polvo de los caminos y a la sencillez de los afanes diarios y quehaceres cotidianos, no sería teología sino otra cosa.

Siguiendo a San Agustín, Joseph Ratzinger ha enseñado que una garantía del proceso teológico es comprobar que desemboca continuamente en la fe de los sencillos y les ayuda a comprender y testimoniar su existencia<sup>21</sup>. En el fondo, la opción por los sencillos no es una opción por una teología rebajada sino por una teología más profunda y penetrante, que es la única capaz de servir a la evangelización.

La luz nueva que aporta san Josemaría a esta tarea es la de enfocar y vivir la teología como una tarea esencialmente finalizada por la misión

---

Teología fundamental y en la Teología pastoral o práctica hasta nuestros días (cfr. H. HEINZ, *Kerygma. III. Praktisch-theologisch*, LThK, Hrsg. W. Kasper, Freiburg i. B, 1996, V, col. 1410; para la discusión, K. NEUFELD, “Theologiegeschichtliches zur Innsbrucker Verkündigungstheologie”, ZKTh 115 (1993) 13-26).

<sup>18</sup> Cfr. Enc. *Lumen fidei*, 29-VI-2013, n. 36.

<sup>19</sup> Cfr. BENEDICTO XVI, *Mensaje a la Diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación*, 21-I-2008.

<sup>20</sup> SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, II-II, q. 188, a. 6. Cfr. PAPA FRANCISCO, Ex. ap. *Evangelii gaudium*, n. 133.

<sup>21</sup> «La fe de los sencillos no es una teología reducida a la medida de los legos, no es algo así como un *platonismo para el pueblo*, sino que la determinación de esta relación es exactamente al revés: el anuncio es la medida de la teología y no la teología la medida del anuncio» (J. RATZINGER, *Naturaleza y misión de la teología*, obra citada, p. 73); «Agustín fue ciertamente consciente de su propia talla intelectual. Pero para él era más importante llevar el mensaje cristiano a los sencillos que redactar grandes obras de elevado nivel teológico» (BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 20-II-2008).

cristiana de anunciar el Evangelio recorriendo “los caminos divinos de la tierra”<sup>22</sup>.

### 3. LA DIMENSIÓN ECLESIAL Y EVANGELIZADORA DE LA TAREA TEOLÓGICA

En un tercer apartado, cabe detenerse en algo también señalado ya, pero quizá no suficientemente destacado en lo que se refiere a la teología de la vida ordinaria: toda consideración teológica de la vida cristiana debe subrayar su *dimensión eclesial y evangelizadora*. Esto afecta a la teología en las dos vertientes señaladas en estas páginas: como desarrollo de la fe teologal del cristiano y como quehacer profesional del teólogo. Es esta segunda vertiente la que deseamos subrayar ahora. El mensaje de San Josemaría *pide a los teólogos la coherencia de la propia fe vivida*, para poder realizar su tarea *al servicio de todas las personas*, comenzando por los cristianos. Es también ésta una necesidad especialmente sentida en nuestro tiempo.

En el nivel académico, la teología debe responder a esta llamada, ella misma y también el teólogo que la desarrolla, sirviendo, de modo inmediato y no solo como orientación más o menos lejana, al *apostolado de los laicos, que se enraíza en la caridad*<sup>23</sup> y se acompaña por la promoción humana y la transformación de la sociedad.

Ese servicio teológico lo requiere particularmente hoy la nueva evangelización<sup>24</sup>. En la organización de las disciplinas teológicas puede realizarse poniendo de relieve el *carácter teológico de la vida y de la acción de los cristianos en la Iglesia y en el mundo*. Ni que decir tiene que este carácter teológico será más claramente comprendido y desarrollado si a esta tarea se dedican muchos fieles laicos, hombres y mujeres. Como es natural, subrayar ese carácter es algo que no tiene por qué limitarse a los ámbitos de la Teología fundamental y de la Teología dogmática

<sup>22</sup> Homilía “El triunfo de Cristo en la humildad” (24-XII-1863), en *Es Cristo que pasa*, n. 21.

<sup>23</sup> Sobre la caridad como núcleo del papel evangelizador de los laicos, cfr. *Laicos en la nueva evangelización*, ya citado, capítulo 9, pp. 161-173.

<sup>24</sup> Así lo subrayaba BENEDICTO XVI en sus catequesis, a propósito de figuras como San Juan Crisóstomo (19-IX-2007) o el Pseudo-Dionisio Areopagita (14-V-2008); en cualquier caso el modelo de la teología es la “ciencia de los santos” (*Audiencia general*, 21-X-2009).

—siempre claves—, pues es particularmente necesario que haya muchos laicos en las disciplinas teológicas que enlazan directamente la fe y la vida, la vida y la fe, como son la Teología espiritual, la Teología moral y la Teología pastoral, sin olvidar el Derecho canónico y sin dejar de cultivar la Teología bíblica, la Historia de la Iglesia y la de la Teología.

En línea de síntesis de este tercer apartado, cabría decir que la dimensión eclesial y evangelizadora de la teología requiere hoy una mayor implicación de los fieles laicos, sobre todo en aquellas disciplinas teológicas que estudian precisamente la vida cristiana y el obrar cristiano, tanto en su vertiente individual o personal como en su vertiente eclesial.

Nuestra impresión es que todo ello pide en nuestros días ser llevado a cabo *en relación con una “teología de la acción eclesial”*. Esta disciplina está hoy en situación de asumir y situar en un marco más amplio y adecuado la “teología pastoral” de los últimos siglos, que intentaba únicamente fundamentar las tareas propias de la Jerarquía. Asimismo la acción eclesial es categoría suficientemente abaricante como para incluir los desarrollos propios de la misionología y, por tanto, la colaboración de los fieles laicos en las tareas propiamente misioneras de la Iglesia, sea a título oficial como a título personal; pero siempre como lo que son: fieles laicos llamados a ordenar las realidades temporales (el trabajo y la familia, la cultura y la política, el ocio y el deporte, la salud y la enfermedad, etc.) al Reino de Dios como desde dentro (*velut ab intra*) de ellas mismas<sup>25</sup>.

Como San Josemaría predicó desde los años treinta y el Concilio Vaticano II proclamó solemnemente (cfr. especialmente *Lumen gentium* y *Gaudium et spes*, ambas constituciones promulgadas en 1965), la naturaleza de la Iglesia y la responsabilidad por la Iglesia, su misión y su acción implican a todos los cristianos, cada uno según su condición y sus dones, sus ministerios y carismas.

---

<sup>25</sup> Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Lumen gentium*, n. 31.

4. VIVIR Y PENSAR LA IGLESIA COMO “CRISTO PRESENTE EN LOS CRISTIANOS”

San Josemaría subraya la fuerza divina de la vida de Cristo en los cristianos por el Espíritu Santo: «La Iglesia es eso: Cristo presente entre nosotros; Dios que viene hacia la humanidad para salvarla, llamándonos con su revelación, santificándonos con su gracia, sosteniéndonos con su ayuda constante, en los pequeños y en los grandes combates de la vida diaria»<sup>26</sup>.

Estamos ante una luz especialmente clarificadora si se piensa en el “hábito teologal” de la vida cristiana, con sus dimensiones ya señaladas, antropológica y eclesiológica, entre otras. Las consecuencias que de esa fe, vivida primero en los quehaceres ordinarios y luego reflexionada, se deducen para la teología científica, están aún pendientes de desarrollar.

San Josemaría impulsa a vivir y pensar la Iglesia como *Cristo presente entre nosotros*, decíamos. Para ello anima a los fieles cristianos a que adquieran, con el continuo recurso a la oración, a los sacramentos y a la necesaria formación, la capacidad de *pensar teologalmente* la propia vida. De este modo podrán discernir mejor cada día lo signos de la voluntad de Dios, en medio de sus tareas ordinarias, profesionales, familiares y sociales al servicio de todos, especialmente de los más necesitados.

Tanto el pontificado del Papa emérito Benedicto XVI como el del Papa reinante Francisco –un pontificado joven y esperanzador– van en esta dirección, impulsando, también a los fieles laicos, al *discernimiento de los signos de nuestro tiempo*.

Si Benedicto XVI fundamentó teológicamente que la caridad es dimensión esencial de la naturaleza y de la misión de la Iglesia<sup>27</sup>, el Papa Francisco se está ocupando de que la caridad, como respuesta al Amor de Dios por los hombres, y en sus manifestaciones concretas de misericordia y cercanía, sea claramente percibida como centro del mensaje del Evangelio<sup>28</sup>.

En la vida y en las enseñanzas de San Josemaría el amor está en la raíz y en el núcleo de la llamada universal a la santidad y de la

<sup>26</sup> Homilía “El Gran Desconocido” (25-V-1969), en *Es Cristo que pasa*, 131.

<sup>27</sup> Cfr. Enc. *Deus caritas est* (25-XII-2005), n. 25.

<sup>28</sup> Cfr. Ex. ap. *Evangelii gaudium*, nn. 11, 36, 177, etc.

santificación del trabajo y de la vida ordinaria<sup>29</sup>. Es de ahí, de la caridad, de donde su mensaje adquiere y mantiene la capacidad de contribuir a los desarrollos magisteriales y teológicos que están teniendo lugar en nuestros días; a la vez que encuentra en esos desarrollos un continuo eco que se amplifica, prolonga y perfecciona con el tiempo. Y todo esto no como consecuencia de una dinámica primeramente intelectual sino ante todo vital, por la fuerza de la vida cristiana ordinaria. Al mismo tiempo, por su misma naturaleza, esa fuerza ilumina y vivifica la teología.

La vida cristiana ordinaria, entiéndase la vida ordinaria santificada, es *lugar* donde se encuentra a Dios y se responde a su amor con el amor al prójimo, particularmente a los más necesitados. Y por eso mismo es también lugar teológico donde la razón creyente se abre a la vida divina y se deja guiar por la luz superior del amor, para comprender con más profundidad lo propio de Dios y de sus obras, e iluminar e impulsar el testimonio cristiano en todos los ambientes. No otra es la tarea de la teología<sup>30</sup>.

## 5. CONCLUSIÓN

En definitiva, el mensaje, el espíritu y la vida de San Josemaría –su vida personal y su ministerio pastoral– iluminan la tarea teológica y subrayan que la vida cristiana ordinaria es un verdadero lugar teológico; tanto para dar razón y sentido de la vida a los hombres y a las mujeres que se santifican en medio del mundo, como para servir desde la tarea teológica a la vida cristiana, en el marco de la misión de la Iglesia.

Por esos mismos caminos, las enseñanzas y la obra de San Josemaría iluminan e impulsan el quehacer de una “Teología de la acción eclesial”, tan necesaria en nuestros días.

---

<sup>29</sup> Cfr. Homilía “Con la fuerza del amor” (6-IV-1967), en *Amigos de Dios*. «El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor» (Homilía *En el taller de José*, 19-III-1963, en *Es Cristo que pasa*, n. 48).

<sup>30</sup> «Son parte integrante de la espiritualidad del teólogo: el amor a la verdad, la disposición hacia la conversión del corazón y la mente, el esfuerzo por la santidad, y el compromiso con la comunión y la misión eclesial» (*La teología hoy*, texto citado, n. 93; cfr. *Lumen gentium*, n. 12).